

La geopolítica de las élites.

La acumulación sin límites y la crisis civilizatoria.

1. La crisis civilizatoria.

Hay situaciones que se repiten en cualquiera de nuestra ciudades. Una familia que dedica más de la mitad de su salario a pagar el alquiler, un joven que no puede emanciparse, un trabajador que encadena contratos temporales o una familia que no puede permitirse la calefacción en invierno. Mientras tanto, a pocos kilómetros, en un barrio residencial vigilado o en un paraíso fiscal, unos pocos acumulan fortunas que superan la riqueza de millones de personas juntas.

Es el resultado de un sistema que ha permitido que la riqueza se concentre en manos de unos pocos mientras la mayoría sobrevive. La crisis civilizatoria que sufrimos no es solo económica, es también ecológica, social y política. Y en el centro de esa crisis están las élites globales, que han dejado de ser ciudadanos de un país para convertirse en actores transnacionales que operan al margen de los Estados.

Este ensayo analiza esa realidad. No desde la conspiración, sino desde los datos. Quiénes son los ultrarricos, cómo protegen su riqueza, cómo capturan la política y qué consecuencias tiene su desvinculación para el resto de la humanidad.

2. Los números de la desigualdad.

La desigualdad global ha alcanzado niveles que no se veían desde la Belle Époque. Según el informe de Oxfam de 2026, la riqueza de los multimillonarios ha crecido un 81% en términos reales desde 2020, hasta alcanzar los 18,3 billones de dólares. En 2026 hay 3.428 multimillonarios en el mundo, con una fortuna total de 20,1 billones de dólares. Un récord en el que 20 personas tienen fortunas superiores a los 100.000 millones de dólares.

El caso de Elon Musk es el más extremo. En junio de 2026 se convirtió en la primera persona de la historia en superar el billón de dólares de patrimonio neto. Su fortuna, impulsada por Tesla y SpaceX, supera la riqueza combinada de los 3.800 millones de personas más pobres del planeta, el 46% de la población mundial.

En España, la desigualdad también se ha disparado. El 1% de los hogares más ricos poseía el 13,8% de la riqueza en 2002. En 2020, ese porcentaje había ascendido al 22%. La riqueza media de un hogar que alquila es de 2.217 euros, mientras que la de un propietario asciende a 193.919. Es decir, un propietario acumula casi 90 veces más riqueza que un inquilino.

La desigualdad no es solo una cuestión de números. Es también el resultado del poder de las élites para proteger su riqueza, influir en la política y vivir al margen de las consecuencias de sus decisiones.

3. La desvinculación fiscal.

Los ultrarricos no solo ganan más, también pagan menos. Según Oxfam, los millonarios ocultan aproximadamente 3,55 billones de dólares en paraísos fiscales, el equivalente al 3,2% del PIB mundial. Esa riqueza no tributa, no financia los servicios públicos que sostienen a la mayoría.

Los mecanismos son conocidos: estructuras offshore, sociedades pantalla, trusts, fundaciones y planificación fiscal agresiva. El resultado es que los ultrarricos pagan, en proporción a su riqueza, menos impuestos que sus empleados. En España, la Ley Beckham permite a los nuevos residentes tributar a un tipo fijo del 24% por los primeros 600.000 euros de ingresos durante seis años. Y en Madrid, los millonarios que elijan la región como sede fiscal pueden pagar cero euros durante cinco años.

La desvinculación fiscal es una estrategia deliberada. Los ultrarricos han construido un sistema paralelo que les permite operar al margen de las obligaciones que recaen sobre el resto de los ciudadanos. Y los Estados, lejos de combatirlo, compiten entre sí por atraer esa riqueza con ventajas fiscales.

4. La desvinculación geográfica.

Si el dinero no conoce fronteras, las personas que lo poseen tampoco. Según Henley & Partners, en 2026 se espera que 165.000 millonarios cambien de país, una cifra récord que triplica la de 2013. Los destinos preferidos son Suiza, Portugal, Italia, Chipre y los Países Bajos. Más del 28% de los solicitantes de programas de residencia por inversión ya viven fuera de su país de origen.

Los programas de "ciudadanía por inversión" venden la nacionalidad a cambio de dinero. Los ultrarricos no son ciudadanos de ningún país en particular, son ciudadanos del capital. Viven donde les conviene, invierten donde les beneficia y tributan donde les permiten. Su lealtad no se debe a una comunidad, sino a su patrimonio.

5. La captura de la política.

La riqueza se traduce en poder político. Según Oxfam, el 0,1% más rico de Estados Unidos tiene 400 veces más probabilidades de ocupar cargos políticos que una persona media. La plutocracia no es una metáfora, es una realidad medible.

Esa influencia se ejerce por múltiples vías: financiación de campañas, lobbies, puertas giratorias, fundaciones, think tanks o medios de comunicación. Los ultrarricos no necesitan presentarse a las elecciones, les basta con financiar a quienes se presentan. Y los partidos, atrapados en la lógica de la financiación privada, responden a los intereses de sus donantes antes que a los de sus votantes.

6. La crisis de la vivienda y la comida.

La desvinculación de las élites tiene consecuencias concretas para la mayoría. En España, el precio del alquiler ha pasado de 7,6 euros por metro cuadrado en 2015 a 15,1 euros en agosto de 2026. El precio de la vivienda ha subido un 12% en el último año, casi el triple que en la Unión Europea.

La comida saludable se ha convertido en un lujo. Un informe de la ONU de 2026 señala que, en Europa, una dieta saludable cuesta hasta un 47% más que una basada en ultraprocesados. En España, la OCU cifra ese sobrecoste en un 20%. La desigualdad no es solo una cuestión de renta, es también una cuestión de acceso a lo más básico.

7. La secesión de las élites.

Los ultrarricos no solo se desvinculan fiscal y geográficamente. Lo hacen también de la infraestructura cívica que sostiene a las sociedades. Se educan en colegios privados, tratan sus enfermedades en hospitales privados y se desplazan en vehículos privados. Viven en un mundo paralelo, con sus propias reglas, instituciones y privilegios.

Es una secesión que amenaza la democracia, porque, al no depender de lo público, pierden interés en financiarlo y, al no convivir con la sociedad, se desentienden de sus problemas. Es la ruptura del contrato social.

8. Alternativas: fiscalidad global y control democrático.

Este ensayo no propone prohibir la riqueza, sino impedir que compre la política. Y hay medidas concretas para ello:

- Un impuesto global a las grandes fortunas coordinado internacionalmente para evitar la deslocalización.
- Un registro público de la propiedad real de las empresas para acabar con las sociedades pantalla.
- La regulación de los paraísos fiscales con sanciones efectivas para los países que no cooperen.
- La transparencia en la financiación política y límites estrictos a las puertas giratorias.
- Y una fiscalidad progresiva que grave las herencias, el patrimonio y las rentas del capital.

Estas medidas no son utopías. Se aplican ya en algunos países y podrían extenderse a otros territorios si hubiera voluntad política, porque lo que falta no es imaginación técnica.

9. La vida sin plutocracia.

La plutocracia no se sostiene por la fuerza, sino porque hemos dejado de cuestionarla. Su mayor victoria no es la excepcional riqueza que acumula, sino haber convertido esa realidad en algo natural, casi invisible.

No hace falta que nadie defienda lo insostenible, basta con que nadie se pregunte cómo funciona. Mientras sigamos creyendo que es inevitable, ninguna reforma bastará, porque el primer paso para cambiar algo es dejar de creer que es inmutable.